

# Bordes, límites y fronteras o una poética del desplazamiento: *La liebre de* César Aira

307

---

*Nancy Fernández Della Barca*  
*Universidad Nacional de Mar del Plata*

Estableciendo un particular sistema de filiación con la literatura de viajes, la novela de Aira <sup>1</sup> narra la curiosa travesía de un inglés que en el desierto argentino busca a un misterioso animal, la liebre legibreriana. Pero ante los ojos del viajero y sus dos acompañantes, el espacio se traza como apertura de puntos y líneas móviles, contornos imprecisos en una serie de cruces caóticos a medida que se lo atraviesa. Forma en acto, figura en movimiento cuyas líneas se fugan hacia una dispersión inagotable. La espacialidad provoca la mirada del sujeto quien a su vez "funda" los lugares con su recorrido. Y en correspondencia con un desierto no fijo, no estático sino que se muestra en la diversidad prismática de sus posiciones, la acción es potenciada hasta el infinito. La escritura no instala los hechos porque trabaja la virtualidad del acontecer

*Todos se precipitaban sobre todos... y los fuegos reflejándose en*

*los miles de puntos móviles o en las corredoras de cada músculo, podían haberlos sorprendido sin las armas en la mano, pero no sin la grasa en la piel (150)*

La alucinación implica el desplazamiento manifestando la coexistencia, la simultaneidad de órdenes distintos: cruce de espacios, tiempos, figuras, cruce de lógicas. Así, los motivos especulares trabajan la refracción mutua de las imágenes, lo que genera un proceso escriturario al cual le son inherentes problemas de percepción, o bien modalidades de representación concebidas como desvío de la mimesis tradicional, o el interrogante de una "verdad" cuyas manifestaciones emergen como cambios, efectos mutados, como transformaciones recurrentes. El viaje produce y exaspera las figuras prismáticas, cuyos espejos, luces y colores constituyen la reduplicación de los objetos en ellos reflejados. Cruces que disparan la repetición y el desplazamiento como operadores de sentido múltiple y paradójico donde la superposición de las imágenes, va ligada al doble reflejo, fragmento y a la distorsión

Si hay reflejo hay repetición, pero no se trata de una reproducción en cuanto identidad, sino de la repetición especular de la imagen a partir del desvío o la fiesta intempestiva del sentido

*una vez engrasado y en cueros sobre el caballo, parecía un indio mas. Incluso le gustó: le daba a todo el asunto un matiz carnavalesco, de fiesta de máscaras (197)*

La fiesta y el disfraz elaboran una suerte de clivaje donde el desdoblamiento disuelve los conceptos de semejanza, e identidad, neutralizando las determinaciones inmanentes a cada figura por el desborde y la proliferación diferencial <sup>2</sup>

El parecer no es memoria que acumule pares o semejanzas, sino olvido de los moldes originarios. Así, la mascarada pone en escena el funcionamiento simultáneo del encuentro y pérdida del sentido, en una designación recubierta y esparcida en/por otros nombres. De modo que los códigos del sentido, plurales, siempre otros, diferentes, nuevos, excéntricos a todo rastro de localización, configuran relaciones simbó-

licas siempre itinerantes

La fiesta carnalesca es un fondo de tensión o fuga que ya no reconoce la distinción jerárquica entre original y copia. El movimiento transformador, la constante alusión por parte del narrador a la fosforescencia y fantasmagoría del paisaje y los personajes, pone de relieve otras cuestiones ligadas a la repetición y el desplazamiento: la genealogía o los cruces del origen familiar. Desde esta perspectiva, la escritura repone el doble para disolver la simetría y jugar con la paternidad, a través de las señales discontinuas, refractarias del espejo.

*Lo curioso era que el inglés tenía la misma peculiaridad, a pesar de la diferencia de edades, creía verse en un espejo. (36)*

El cruce es punto de tensión y variabilidad narrativa. De alguna manera todos los personajes, recuperando incluso los encuentros y desencuentros fortuitos, se instalan en alguna zona intermedia que roza más de un lugar. Ahora bien, si puede verse al vagabundo/Calfucurá a través del horizonte cristalino, de los contornos indefinidos o las posiciones dislocadas, el lugar, que se genera como zona borrosa, descentramiento de la unidad orgánica, opera como una suerte de metáfora lúdica de la percepción.

Así, en el espacio que se ramifica en dimensiones laterales, circulares, laberínticas, se presenta el sentido no dicotomizado sino como entrecruzamiento y ruptura que rebrota en algún otro lado porque "vuelve, puede ser roto, quebrado en cualquier parte y vuelve siguiendo tal o cual línea, y aún otras líneas". Sentido que se genera como disfraz múltiple, como devenir donde lo nuevo arrastra remanencias de superposiciones espacio-temporales, tablero figurado de presencias y ausencias virtuales, juego de lógicas disimétricas.

*-Va o viene?,*

*-Eso sí que no lo sé... deberíamos hacer un horario, marcar las posiciones relativas en blanco y negro. (185).*

A su vez, la genealogía juega con el doble mediante el intercambio

paradójico de características: la imagen de la transformación recíproca entre el inglés Clarke y el salvaje des conocido que toma su pipa y su ropa, relata en cierto modo, la proyección de lo mismo en lo otro

La trasposición de semas comunes/ opuestos a ambas figuras, supone ya no la simple identificación o la captura ilusoria de lo real - inalcanzable-, sino el exceso, la repetición infinita que permite la superación de la ley de lo igual-verdadero por el artificio de la lógica absurda. El texto organiza y exhibe sus propias combinaciones<sup>sémicas</sup>, privilegiando la producción de sentidos itinerantes y no regímenes de verdades preexistentes a la escritura

310

Así se disuelven los signos del reconocimiento, las nociones previas establecidas fuera de la materia verbal. Se agreden las oposiciones taxativas y se pervierte la ley conceptual

La intermitencia del interrogante, la propagación del efecto perceptual en sombras residuales, una idea de espacio que ensambla en la impresión la acción de la marca, la huella transformadora del viajero y el efecto remanente filtrado a través de su mirada, hacen posible el juego de la incertidumbre, o lo probable.

El viajero que imprime sus rastros y es impreso/impresionado por el espejismo de un espacio orgánico, subvierte el nexo causa-efecto, borrando la distinción entre el afuera y el adentro y su correlato del orden temporal, el antes y el después

*Matando y muriendo, no necesariamente lo segundo después de lo primero. (157)*

El desierto le ofrece a Clarke el movimiento y la potencialidad de sus límites. Y en medio del desastre, el inglés no puede abandonar la tribu porque "no hay un afuera en el que hacer constar la salida". Así, el lugar se despliega como una suerte de pasaje reversible que niega la clausura de un interior-exterior. Por otra parte, con la velocidad que representa "un mundo miniaturizado en el que las cosas suceden casi de inmediato, en el que el tiempo está amontonado", ingresa la paradoja y el efecto absurdo de un orden no causa lista de las conexiones.

produciendo el descentramiento o la ruptura de la convención verosímil

Pero también, la incertidumbre se genera mediante el juego de las combinatorias polisémicas, cruzando diferentes registros de traducción, de gestos a palabras: los juegos del lenguaje

El límite o la frontera, borran las marcas ostensivas, opacan la referencia unívoca, directa, unilateral. Los diversos sistemas simbólicos, signos y lenguajes, cuestionan el vínculo transparente entre palabra y cosa y reponen, mas bien, la idea<sup>5</sup> de interferencia, a través de una deriva de motivos. Desde esta perspectiva, la idea de interferencia es metaforizada mediante los puntos de oscuridad que reemplazan a la luz, en "el cielo negro e inmutable" de los indios. El sentido se envuelve como la negrura de un fondo infinito, donde no se reconoce el centro -margen, derecho-revés, desequilibrio de la coherencia y la armonía. La desmesura de las cosas supone ya no una distribución sedentaria, sino perturbaciones nómades. El límite ya no es ley o medida que termina o separa, sino despliegue<sup>6</sup> anárquico de personajes, espacios y visiones.

El viaje errático se realiza sobre un espacio de fisuras por donde brotan manifestaciones siempre equívocas de lo real: el sentido, la liebre, o el comienzo de las propias historias son los pretextos de búsquedas obsesivas. "El arroyo lluvioso, ... por todas partes el agua, lo gris"; la imagen del espionaje interferido por la lluvia intermitente, sugiere la nebulosidad, o los ecos lejanos del sentido. La fugacidad de la lluvia, vuelve simulacro verbal las informaciones e informantes, en una circulación que no cesa. La construcción del sentido o los propósitos de las palabras se vuelven difusos. Decía que la polisemia propone la apertura del lenguaje. A la manera de Saer en **El entenado**, Clarke y Calfucurá inician un debate en torno del uso de la palabra "ley", que significa "atreverse", "sugerir", "extranjero", "saber", "mapuche", "palabra". Todos los signos comparten, en cierto modo, los semas del salto o del traspaso y, de esta manera, la ley fija, estática, es denunciada en su carácter nominal o general.

El desierto es el espacio que distribuye el continuo de obsesiones

recurrentes, el retorno como un diferencial. Repetición del recurso y el desplazamiento de lo mismo, lo siempre igual por la diversidad cambiante. La liebre es entrevista, interpretada, fabulada.

*Nosotros presenciamos, o casi, el supuesto vuelo de una liebre, se acuerda? Pues bien, la forma del diamante evoca precisamente la de una liebre. En cuanto a lo de "legibreriana", que confieso que ha sido una novedad para mí, tiene una explicación en la leyenda de su talla do tan peculiar, que habría sido hecho por unos judíos de Amsterdam por encargo de Carlos V, para ajustarse al arco superciliar derecho de Erasmo, que habría debido usarlo como monóculo para paliar su astigmatismo; poder "leer", "leer" lo "legible", no se si me sigue ... (147)*

La escritura autorrefiere los operadores de lectura. La alusión al astigmatismo, implica interpretar, entender, traducir. La escritura lectura de una fuerza tan dinámica como el sentido, veloz y escurridizo, se inscribe en el intento siempre frustrado de su captura. De este modo, la liebre designa algo distinto cada vez, algo diferente de lo que simultáneamente subyace como fondo. La liebre es la metáfora que conjuga el ruido y el silencio, la brecha abierta, pretexto flotante, intangible del enigma planteado por la profusión del sentido múltiple. Lo real o las expectativas del expedicionario naturalista, se disgregan a su paso. La experiencia estalla en un devenir de imágenes simultáneas, red cuya clave es la forma de algún cristal donde se funde lo alejado con lo próximo, paradoja que afirma los dos sentidos a la vez. Los sucesivos espejismos que el vagabundo produce como secuelas de sus apariciones/desapariciones; el diagrama que Clarke cree necesario realizar para descifrar la superficie recorrida; el cromatógrafo manipulado por el inglés, - al modo de las auroras tejidas en los telares de Raymond Roussel- que dispersa y recompone colores asociados a imágenes y miradas, son las volátiles figuras que atraviesan los itinerarios irregulares, metaforizando la búsqueda y la red de sentido a partir del fragmento y la deriva.<sup>7</sup>

## Notas

- <sup>1</sup> Cesar Aira **La liebre** Buenos Aires: Emecé, 1991
- <sup>2</sup> Gilles Deleuze **Diferencia y repetición** Madrid: Júcar, 1988
- <sup>3</sup> Gilles Deleuze **Lógica del sentido** Barcelona Paidós, 1989
- <sup>4</sup> Ludwig Wittgenstein **Investigaciones filosóficas** Barcelona Editorial Crítica, 1988
- <sup>5</sup> Nicolás Rosa **El arte del olvido** Buenos Aires: Punto Sur, 1990
- <sup>6</sup> Ver Deleuze (1989)
- <sup>7</sup> Maurice Blanchot **La escritura del desastre** Caracas: Monte Avila Editores, 1987